M

uchas veces actuamos como si las cosas que aprendemos fuesen inmutables. Añadimos nuevos conocimientos sobre los anteriores, los complementamos. Nos parece inadecuado todo conocimiento distinto, diferente. Lo calificamos de errado. Tildamos a los defensores de las nuevas propuestas de ignorantes, poco preparados, superficiales y esnobistas.

Consciente o inconscientemente, muchos piensan que el cambio trae consigo obsolescencia, pérdida de competencia, incapacidad para brindar servicios profesionales en debida forma. No faltan los casos en los cuales se desfallece ante la magnitud de los nuevos saberes.

Así, los hay que se oponen al cambio, unos por convicción y otros por reacción, ya sea con inteligencia o con brusquedad o usando como parapeto la retórica, mientras otros hacen del cambio una oportunidad, ya sea para aprehender, ya sea para sobresalir, ya sea para obtener más ingresos.

Ahora bien: Son muchos los partidarios del nuevo conocimiento que reiteradamente descalifican, aún en lo personal, a los que defienden los conocimientos anteriores. En su fervor, algunos innovadores resuelven ignorar la historia, desestimar las teorías, negar valor a lo construido, desconocer el saber de sus contradictores. Con frecuencia hacen buenas migas con el poder económico y con el poder jurídico para hacer obligatoria la observancia de sus ideas. La renovación es su credo y en ella justifican el desmantelamiento que promueven.

Una vez que el establecimiento toma partido y utiliza el aparato jurídico, inclina la balanza. Esa es, precisamente, una función primordial del sistema. Las leyes imponen conductas. Normalmente producen los efectos deseados, al menos en parte. Todo depende de si logran configurar una mayoría que obre en su favor. Cuando tal mayoría no se gesta, el sistema debe adaptarse, so pena que sobrevenga una revolución.

Esas diferentes maneras de obrar frente al nuevo conocimiento tienen como resultado una confrontación social. No se trata de un simple debate entre expositores de diferentes ideas. No es solo cuestión de capacidad de adaptación. Ni siquiera debe pensarse que simplemente se está ante un esfuerzo por el reacomodamiento de los mercados.

La academia debería ser el árbitro de esa contienda. Pero es evidente que también los académicos nos oponemos al cambio o hacemos de él un objetivo similar al de una cruzada.

La academia debería asumir el papel de los prudentes. Debería exhibir una gran capacidad de análisis. Debería apostarle a la verdad. Debería ser independiente y dar o quitar la razón con base en argumentos rigurosamente científicos. Debería desmitificar. Debería esquivar los encantamientos dirigidos a hacerla el aliado de una u otra posición.

La modernización contable requiere ecuanimidad.

*Hernando Bermúdez Gómez*